

10-1-
S. de L.
Melo Abril 17/84

LA REVISTA ORIENTAL

Publicacion de Ciencias, Artes y Letras

REDACTORES: PEDRO XIMENEZ POZZOLO, EDUARDO FORTEZA, FERNANDO RIOS, DIEGO CAPELLA Y PONS, EMILIO GOLDARACENA, JOSÉ A. DE FREITAS (hijo), JUAN CARLOS CARVALHO.

AÑO I—NÚMERO 1

ADMINISTRACION: URUGUAY 411

SUSCRICION ADELANTADA
cuatro números \$ 0.50

LA REVISTA ORIENTAL

MONTEVIDEO JULIO 6 DE 1885

SUMARIO—Al lector, la Redaccion—Armando Rodriguez, por D. C. P.—A mi madre, por Eduardo D. Forteza—El cultivo de las bellas letras, por F. Rios—Fantasia, por Pedro Ximenez Pozzolo—Las hojas secas (... ¡a Dios lo sabe!) por D. Capella y Pons—A ti, por Pepe—¿Qué era?, por J. C. C.—Suetos.

Lector

La Revista Oriental—encabeza sus columnas—repetiendo lo que hace pocos años decia el Sr. Don Orosman Moratorio en su interesante periódico «La Ondina del Plata», de que «no trae bandera de combate».—

Ella se aleja por completo de esas dos sendas tan peligrosas—la politica y la religion,—y solo se propone vulgarizar ciertas verdades científicas—y estudiar, con mas ó menos extension, todos los géneros cultivables de la belleza, desde esa belleza ideal, tipo hacia el cual se dirijen todas las concepciones del hombre cuando se deja remontar en alas de su fantasia creadora, á ese otro mundo que no se ve pero que se concibe, que nos es desconocido pero que se presiente,—hasta las de este,—puramente terrenas,—que no por eso, dejan de ser igualmente sublimes, igualmente inspiradoras.

¿No tenemos con esto, un programa vasto, un campo ilimitado donde desarrollar nuestras facultades y satisfacer nuestras legítimas aspiraciones? Asi lo creemos: y por eso, el cultivo de las ciencias, de las artes y de la literatura, será lo que siempre nos preocupará, apartándonos de toda polémica personal, pues ante todo, debemos hacer interesante esta publicacion y de

ningun modo odiosa ni indiferente para el público

Ya lo hemos dicho al principio:—somos mensajeros de paz—y no nuncios de guerra;—venimos con la bandera del parlamentario—y no con el dardo ensangrentado de los antiguos feaciales á declarar abiertas las hostilidades.

Nuestra mision es de paz y de progreso—que re nos ahuyentar las sombras de la duda con la rutilante antorcha de la ciencia, y despertar con las dulces notas del arte los sentimientos mas intimos del alma—que palpitan en cuanto hay de grande en la Naturaleza, en Dios y el hombre.

¿Acaso lo conseguiremos?—Hoy por hoy nos es difícil contestarlo; el porvenir nos lo dirá, y en él fundamos nuestra esperanza—que es grande como es grande nuestra fé, en contar siempre con vuestra proteccion y en merecer vuestro aplauso—lo cual nos servirá de aliento para hacer cada vez mas atrayente las páginas de esta Revista, contando como cuenta, con la colaboracion de personas ya conocidas en el mundo de las ciencias y de las letras.

No nos hacemos la ilusion de recoger puramente flores en nuestra vida de periodismo que hoy inauguramos, por que estamos convencidos de que á la par que flores se recojen spinas!

Pero, no importa, fuere lo que fuere, no nos arredramos, marcharemos siempre hacia adelante hasta donde alcancen nuestras fuerzas ó nos abata la impotencia.

Dicho esto, cúmplenos ahora, saludaros lector amable,—y al mismo tiempo hacer desde nuestras humildes columnas—un cordial saludo á la prensa en general.

La Redaccion.



Armando Rodriguez

Era imposible que apareciera el primer número de *La Revista Oriental*, sin que en sus páginas estuviera grabado el nombre de Ar-



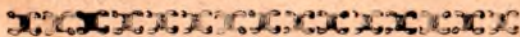
en clarísimo espejo la vida interior del individuo y por tanto, su modo de ser en sociedad. Si pretendemos pues, estudiar nuestra constitución literaria á fondo, estudiémosla en su modo de ser primitivo con sus formas sencillas y fáciles á la percepción, para llegar paulatinamente á nuestra edad; habremos conseguido así, posesionarnos de sus leyes vitales y de su influencia en los humanos destinos.

Así como el estilo es el reflejo de la vida del individuo, las bellas letras lo son de la vida de una sociedad: el Oriente con su vastísimo territorio numerosa población y considerable número de años de existencia, nos presenta epopeyas como el Ramayana y Mahabarata, tan vastas por el asunto como por su extensión.

La Grecia con sus luchas y su grandeza, nos ofrece la Iliada y la Odisea; obras magníficas como su esplendor, como sus victorias, perfectas como sus demás artes: la pintura y escultura.—Roma con la heterogeneidad de sus razas el mismo carácter ofrece en su literatura.—La Edad Media con sus grandes luchas y misticismo nos da la Divina Comedia, retrato alegórico de dicha edad. Pero, á que continuar; hasta lo dicho para venir en conocimiento de la necesidad del cultivo de las bellas letras, se impone desde que se ambicione poseer una regular cultura.

Desde el Remayana y el Mahabarata hasta la espléndida lira de Hafiz; desde la Iliada y la Odisea hasta Virgilio y Dante; desde Esquilo, Sófocles y Eurípides hasta Shakespeare, Goethe y Calderon; desde las ardientes inspiraciones de Píndaro, Safo y las magestuosas odas del favorito de Mecenas hasta los grandes líricos de nuestros días, hay tema inacabable de estudio é inspiración, de meditación y enriquecimiento de ánimo. Llévase de vez en cuando el espíritu hacia á esas cumbres del arte y no se tema que el hastío, la indiferencia y el escepticismo invadan nuestros corazones ávidos de vida, de paz y de amor. Tiene la mied de Himetola virtud de curar la fría decepción y al traves de los años dulcificar el carácter é inducirlo á la práctica de toda virtud. No hay ánimo, cobarde ó varonil, que se resista á la lira de Homero, Dante, Shakespeare, Byron, Lamartine y Hugo; ni seño adusto que no ceda á la inimitable crítica de Cervantes.

F. Ríos.



Fantasia

Cuando incierta abandono la mirada
En el seno impalpable del vacío,
Donde vaga la sombra apesurada
Del dolor y el amargo desvario.

Se pierde mi afanoso pensamiento
En un mar de poéticas memorias,
Despertando en el alma el sentimiento,
Mis ensueños, mis dichas y mis glorias.

Mis dorados ensueños! — que llegaron
Infundiendo en el alma su ternura,
Mas que al huir ¡oh dolor! me arrebataron
Hasta el último aliento de ventura.

Mis dichas! — que cual astros brilladores
Se alzaron fosforescentes y encendidos,
Y perdieron en breve sus colores,
Ahogadas en crespones renegridos.

Mis glorias! ¿y que son las glorias mías?
Un sueño... una quimera... una locura...
Visiones del espíritu, vacías,
Sin vida, sin color y sin hechura.

Forma impalpable que la mente adora,
Sombra liviana que en el éter flota
Y al querer alcanzarla se evapora
Y se extingue fugaz como una nota.

Color sin luz, y cuerpo sin perfiles,
Vida sin ser... inexplicable arcano,
Que se pierde en los ámbitos sutiles
Donde germina el pensamiento humano

Estas las glorias son que yo imagino
Alcanzar en la vida de este suelo,
Olvidando que distan mas camino
Que lo que dista de la tierra el cielo.

Sueños, dichas y gloria! Fantasia
Que brota en nuestra sien acalorada,
Y al faltarles la luz de la poesía
Desparecen cual sombras en la nada.

Pero, nó. Que ese cúmulo indecible
Que cruza como un sueño por la mente,
Se rasga como el cielo de improviso,
Y se impregna de luz resplandeciente.

Y bulle, como el raudal torbellino
Que en el abismo con furor se lanza
Convertido en creciente remolino,
El creciente raudal de la esperanza.

Y brota en el volcan de sus colores,
Como la esencia de la lumbre misma,
El ángel divino de mis amores
Cuya belleza al contemplar me abisma.

Me abisma con la luz de su mirada
Que el corazón me enciende y me cautiva,
Y que el alma, sedienta y abrasada,
Con ansia loca, palpitante liba.

Me subyuga el relámpago brillante
De la luz que encogeece y electriza,
De la luz que arrebató en el instante:
Del amor que destella su sonrisa.

Si escucho de su voz la melodía,
De dulce timbre y vibración sonora,
Siento lo que no sé... ¿Cómo podría
Decir ¡oh cielos! lo que siento ahora?...

¿Como pudiera el alma deslumbrada,
Cuando miro el espacio del vacío,
Arrancar el misterio de la nada,
Y darle forma al pensamiento mío?....

Envuelta en una gasa trasparente,
Que deja libre su gentil semblante,
Aparece á mi vista sonriente
Conteniendo su pecho palpitante.

Su frente es como alcorza delicada;
Su mejilla, cual rosa del estío;
Su labio, cual la flor de la granada;
Su cabello sombrío, muy sombrío.

Su cuello, deslumbrante en su blancura,
Desciende hasta su pecho exuberante,
Que baja dulcemente á la cintura,
Y se mira llegar casi espirante.

Oscuro es el color de su pupila,
Oscuro como el fondo del abismo;
Pero en la luz celeste que rutila
Hay mas luz que en la luz del cielo mismo:

Todo en ella es amor, virtud, hechizo;
Todo enagena el alma estremecida:
Es la primera flor del paraíso
En la primer aurora de la vida.

Admirando sus gracias y primores
Que le roban al alma su albedrío
Me adormezco en ensueños seductores
Que no puede expresar el labio mío.

Y entonces el fantasma de la duda,
Cual humo disipado en el ambiente,
Se disipa en el alma absorta y muda,
Y se llena de luz toda la mente.

Y brotan como ardiente melodía,
Las notas del amor puro y bendito,
La visión de la mágica poesía,
Y la insaciable sed de lo infinito.

Renace el apagado sentimiento
Al soplo de las célicas memorias,
Y acuden al calor del pensamiento
Mis ensueños, mis dichas y mis glorias.

PEDRO XIMENEZ POZZOLO.



Las hojas secas

FANTASIA DEDICADA Á ¡DIOS LO SABE!

Arrebatadas por el viento, asemejándose á las alas de un ave que despues de muerta las hubie-
ra abandonado para que prosiguiesen su incesan-
te tarea de volar!.....volar, sin conocer el
rumbo que siguen y consoladas tan solo por la
esperanza!.....vagaban por el aire dos hojas
secas.—Poco despues, tras ellas—en multitud
parecia que venian blancas mariposas: eran las
hojas de una bella y tierna rosa, que en la aurora
de la vida, el huracan las habia desprendido de su
cáliz, y en confuso torbellino recorrían el espacio,
buscando un surco del camino donde marchitarse,
sin haber gozado del dulce abrigo y delicada sá-
via que su tierna madre les brindaba.

Las hojas secas que precedian á esa bandada de
delicados pétalos, fueron á caer á un arroyo de
las cercanias; arroyo, en el que las mansas on-
dulaciones que tuviera su agua en otrora, habi-
anse convertido en bravas olas—que impelidas
por el viento se chocaban con ira babeando es-
puma—y con resignacion se perdian en la orilla—
abandonando en ella á los múltiples é informes
restos que la corriente conducia.

Esas dos amarillentas hojas, despues de luchar
unidas á las olas; se quedaron inmóviles en la
orilla—y aún con vida pasaron la noche, descan-
sando de los vaivenes y martirios con que la des-
gracia habia querido dotarlas—y anhelosas espe-
raron el despertar del día.

II

Pasó una hora—dos—y pasaron mas—hasta
que por fin llegó el crepúsculo matutino; y el sol
preparándose para brillar en nuestro cielo—ocul-
to aún bajo el horizonte, iluminó tenuemente la
bóveda celeste—Poco despues, lleno de vida apa-
reció en Oriente un hilo de oro, tan delicado y
trasparente como el aire, y no tardó un momento
en que apareciera otro y despues otros—y así se
sucedieron sin cesar, hasta que se vió en el lími-
te del cielo con la tierra una sublime cabellera

dorada, que esparcía por doquier torrentes de luz torrentes cuya fuente estaba en el astro rey, y cuyo fin buscaban con marcha vertiginosa en el infinito.—

Las hojas secas, rejuvenecidas por el frescor del agua, recordaron aquellas noches en que bañadas por el rocío, esperaban ansiosas la alborada para prepararse á ver salir el sol: y para que este con sus tibios rayos, les diera esa vida de placer inexplicable:—hojas, rocío, sol.... y, rompiendo el silencio en que estañan, hablaron así:

—¿Vives aún, mi compañera?

—Sí! le contestó la otra con voz de llanto.

—¿Has padecido mucho esta noche?

—¡Mucho he padecido! pero no tan solo por el chocar de las olas, y las ansias que tenía de descansar tranquila—sinó por un recuerdo que me abruma, y trueca mi último momento de la vida, en una eternidad de dolor—de dolor intenso que me ahoga y hace presentir que cuando mas se eleve el sol, y muera quemada por sus abrasadores rayos moriré desesperada—porque no tengo poder para hacer lo que quiero.

—¿Que es lo que quieres?—¿que te pasa? le preguntó la otra hoja, presa al parecer del mismo sentimiento—¿Porque lloras y te desesperas?

—¡Ah! hermana!—esclamó despues de una larga pausa—¡que triste es la vida! pensar que nosotras que hemos sido las primogénitas del rosál que nos crió—somos también las primeras, contra quien Febo desata el fuego de su infierno para secarnos!— — Ese astro que por la mañana nos dá vida con sus tibios rayos, y por la tarde nos martiriza con su ardiente calor, —bondadoso ahora y despues cruel.

Gracias á ese arroyuelo, es que aún respiramos y tenemos un instante de vida; pero vida fugaz que se apaga momento por momento y que pronto se extinguirá!

—Tienes razon—interrumpió la otra—es triste que tan pronto nos hayamos separado de nuestra buena madre; pero en fin: ya hemos respirado el delicado aroma de su aliento, y hemos bebido la dulce sávia de su cuerpo; mas triste es, para los jóvenes pétalos de su primer flor que ayer junto con nosotras, se desprendieron de su caliz—frescos y con exuberante vida—y, ¿sabes porque?—Nadie lo sabe—¿sabes donde estan nuestras hermosísimas hermanas? ¡ay! ¡pobres!—el céfiro esta noche me refirió su su historia:—impelidas por el viento, fueron hasta un camino lejano; donde han sido pisoteadas por los paseantes, y molidas por las ruedas de

los carros— y de su existencia, ya no ha quedado rastro en el camino.—¡Pobres! cuando podían haber lucido en el turgente seno de alguna niña; el destino las arrebató.—lo que antes era foma y color, ahora es nada

.....
Pero dime ¿cual es el dolor que te aqueja?—esplicite—¿que es lo que quisieras hacer y no puedes?

—Escucha le respondió en voz baja: —ayer muy temprano, cuando los rayos del sol—jugando entre las hojas, formaban mil iris con el rocío que nos bañaba; tú aún dormías, quizá porque ya tenías poca sávia y poca vida—yo, me desperté, soñando oír el tierno arrullo de amorosas tórtolas y ante mí, vi tristes y pensativos á dos amantes.

El, le decia:—ahora que debiéramos jugar alegres, porque aun estamos juntos—porque nos vemos y nos hablamos:—estamos tristes y de nuestros ojos brotan lágrimas.—¿Porque no ries? di, ¿porque gozosa no formas como otros dias un ramito de violetas y me lo das?

—Ella, entonces, exhalo un ¡ay! tristísimo, y con palabra débil y tan queda que el aura la perdió en el instante mismo de nacer—tomando *aito* entre vocablo y vocablo, le dijo:

¡Enrique! pensaba darte esa flor, que es la primera de este rosál y que hoy recién abre su corola—Esta tarde, poco antes de que te vayas, vendré á buscarla; porque ahora, fuera de la planta se marchitaria—y se quedó quieta, inclinada la cabeza sobre su pecho, como quien padeciendo piensa en un mundo de esperanzas, que se desvanecen—pasando como sueños por nuestra imaginacion—Y sus pálidas mejillas se vieron surcadas por corrientes de lágrimas!—

—¿Porqué lloras? amor mio—volveré pronto—no temas que te olvide—no creas, que mi amor es tan débil para que lo lleve consigo el voluptuoso céfiro—ni durará tan poco como los colores en la flor—hay algo divino, que une y confunde nuestras almas, como el viento une y confunde las olas de la mar—algo inpalpable, mas inpalpable aún, que el colorado polvo que mata las alas de una delicada mariposa; pero mas potente y abrumador, que el rayo que aniquila y quema los árboles! ¿Temes que te olvide? No, no temas: me acuerda é de tí con mas cariño que el de la madre cariñosa cuando recuerda al hijo ausente!—sí, amada mia:—tu imagen, tu recuerdo y el amor que te revelo—siempre, siempre vivirán en mi corazón, como en el pensamiento la idea!

—¡Enrique! exclamó ella:—mi amor es inmenso y mi dolor es terrible ¡ay! cada paso que des

al alejarte de aquí, será un momento menos de vida para mi pobre cuerpo - desahuciado ya por la ciencia!

Y, era tan triste el lamento, y tan armoniosa la voz de esa mujer, que yo quería ofrecerle vida, para luchar y vencer contra el destino; pero ¡oh ingrata! la naturaleza, no tan solo me negaba ese poder, sino que yo también sentía igual flaqueza en mi alma, aún cuando no estaba como la de esa Venus, acribillada por los dolores del amor, cuando el ser querido se va á lejanas tierras, de donde tal vez no volverá ó...
..... ¡es tan variable el hombre!.....

La miré bien, y, en sus ojos creí ver la imagen del dolor; en sus labios, una amapola roja—en sus mejillas, los pétalos de la rosa blanca que abrió su botón junto á mí!.....

Después, asidos de la mano,—hablando bajo—con la voz ahogada por el llanto—se retiraron.... Y, ayer tarde - poco después de que se desatara el pampero, en uno de los movimientos del agua, estando yo en la cúspide de una ola la vi, sí, la vi de nuevo junto al rosal—mas pálida que por la mañana y toda vestida de blanco.—El sol, ya se despedía entre mil caprichosas nubes; y algunos rayos de luz herían sus ondulantes cabellos, que movidos por el viento, brillaban formando oscilantes sombras sobre su delicada tez.—Se llevó un pañuelo á sus rasgados ojos, convertidos en manantiales de transparentes perlas; y miró de nuevo al cáliz de la rosa, que desnudo de sus pétalos, parecía un nido del que habían desaparecido los tiernos pajarillos.

Inclinó la cabeza, y al mirarla se me figuró que era un espíritu que había bajado del cielo envuelto en una nube blanca, para llorar las desgracias de la tierra. En seguida elevó sus miradas—levantó los brazos como quien suplica algo á Dios; pareciendo una blanca paloma que pedía fuerzas para volar hasta el cielo—Después, bajó la ola donde yo estaba; y ya no la vi mas.—Solo al cabo de un rato y como el eco de una voz lejana—entre el ruido de las olas y el silbido del viento, oí estas tristes palabras: ¡Enrique!... la rosa que era para ti, ha desaparecido: se la llevó el viento. ¡Oh Dios! dime, ¿esto no es un triste presagio?—¿Enrique no tenderá como esa flor el vuelo, y no lo veré mas?.....

Y, vagos—confundidos con el viento, que sopló mas fuerte en ese momento—se perdieron en el aire unos ayes de dolor; que parecían llevar entre sus ondas, los girones de un alma pura y desgraciada!

.....
.....
Y la conversacion sin llegar á su fin, se interrumpió en este punto.—Secas por los rayos del sol, las hojas habian ya perdido toda su savia—y, arrebatadas por el viento—prosiguieron mil rumbos inciertos, hasta que trituradas en mil pedazos—se confundieron con el polvo del camino.

D. CAPELLA Y PONS.



A ti

Tú siempre fuiste
En el desierto de mi vida triste
Mi columna de sombras por el día
Y mi encendida nube por la noche.
(Canto al Niágara -J. A. Perez Bouzide.)

No sé porqué mi pensamiento yerto
A ti vuelve sus pasos fatigado,
Como el ginete árabe, cansado
De correr en la arena del desierto.

No sé porqué cuando de ti me alejo
Algo me falta que á expresar no acierto;
«Sin ti el paisaje me parece muerto»,
En tí mi voluntad y mi alma dejó.

Tu grata imájen de hermosura henchida,
Tu dulce voz de vibracion sonora,
Flotan siempre en las brumas de mi vida
Como blancos celajes en la aurora.

Tus ojos negros de mirar ardiente
Penetran hasta el fondo de mi alma
Aunque no dicen si tu pecho siente
Lo que me roba la anhelada calma.

La voz me tiembla, como tiembla el nido
Que el ábrego sacude en la espesura
Cuando quiero de amor estremecido
Pedirte un éco de inmortal ventura:

Vision celeste que cruzaste el cielo
En horas tristes de mi vida ingrata,
Calma un momento mi ferviente anhelo
Con tu armoniosa voz, al pecho grata.

¡Oh, noches del verano perfumado
Plateadas por la luna misteriosa
Sin mas rumor que el grito entrecortado
Que lanza el buho en la sombra tenebrosa!

Cuántas veces su nombre idolatrado
Mirando el firmamento balbuceaba
Cuando en el corazón enamorado
La pasión exaltada despertaba!

¡Oh brisa de la tarde que en mi frente
Un ósculo posaste tibio y blando,
Dí, cuántas veces en mi afán ardiente
Su dulce nombre te confié llorando!

En la ola que en la orilla languidece
En el lucero que atraviesa el cielo,
En la luz fosforente que perece
Entre la yerba que matiza el suelo;

En los campos, cuajados de esmeralda
Donde la vista se recrea ufana,
Entre la aurora de color de gualda
Con que viene fulgente otra mañana;

En los bosques frondosos y sombríos
Tapizados de rosas y jazmines,
Asilo de los dulces desvarios
De turpales, y alegres colorines;

En el cielo, en la tierra, en el profundo
Abismo inmensurable del océano;
Entre el effluvio de la luz fecundo
Que matiza de flores el verano;

Todo de tí con efusion me hablaba,
Todo tu nombre santo repetía,
Do quier iba mi vista, te encontraba
Radiante de belleza y lozania.

Siempre pensando en tí!—Tu voz divina
La brisa amiga trae hasta mi oído;
En mi pecho tu imájen peregrina
No encontrará la tumba del olvido!

En la noche, consuelo del que llora
Su adorada ilusion desvanecida,
Solo con mi dolor, hora tras hora
Vi pasar como sombras por mi vida.

Al! que me importa que en la eterna lucha
Ruede vencido por el hado impio,
Si al fin tu pecho mi lamento escucha
Si al fin tu corazón se uniera al mio!

Sin tí ¿qué son las gasas delicadas
En que se envuelve la naciente aurora,
El cielo con sus tintas nacaradas,
Y de la tierra la brillante flora

Sin tí,—la blanca flor de la esperanza
Naufraga entre los hielos de la duda
Como el bajel que hacía el escollo avanza
Y que combate tempestad sañuda.

Sin tí... el pecho en la pena languidece,
El corazón sin vida no palpita,

Y el a'ma sin calor triste perece
En la lucha mortal que nos agita!

La vida ya no guarda entre sus flores
Perfumes para mi alma entristecida....
Cuando llegan los crudos sinsabores
Huye por siempre la estación florida!

Luchar! y para qué?—Cuando en la lucha
No nos alienta ya la fé primera!
La fé, que el niño con afán escucha,
Y el hombre olvida en su fatal ceguera.

Cruzo sin ilusiones por la senda
Desgraciada ó feliz de mi destino;
A hundirme corro en la fatal contienda
Ajeno á los abrojos del camino!

PEPE.

Qué era?

Ayer tarde al pas frente á tu casa
Estando tú apoyada en el balcon,
La brisa leve que jugando pasa
Trajo á mi oído el eco de tu voz.

Tan dulce la escuché, tan argentina,
Que aun la siento vibrar con embeleso,
Y aun hoy mi mente á comprender no atina
Si era voz ó rumor, ó si era un beso.

J. C. C.

Sueltos

Pro metemos á nuestros suscritores, publicar en el próximo número, una preciosa composición en verso —titulada «Aleira»,—cuyo autor es el galano poeta don Juan Carlos Gomez,—Redactor del diario «El Deber» del Salto,—sobrino del eminente publicista y poeta oriental del mismo nombre,—cuya pérdida sentimos todos—y que nunca lamentará bastante nuestra literatura nacional.

Debido á la gran acumulacion de materiales, no publicamos en el presente número alguno de los trabajos científicos que se hallan en nuestro poder, reservándonos hacerlo en los próximos.